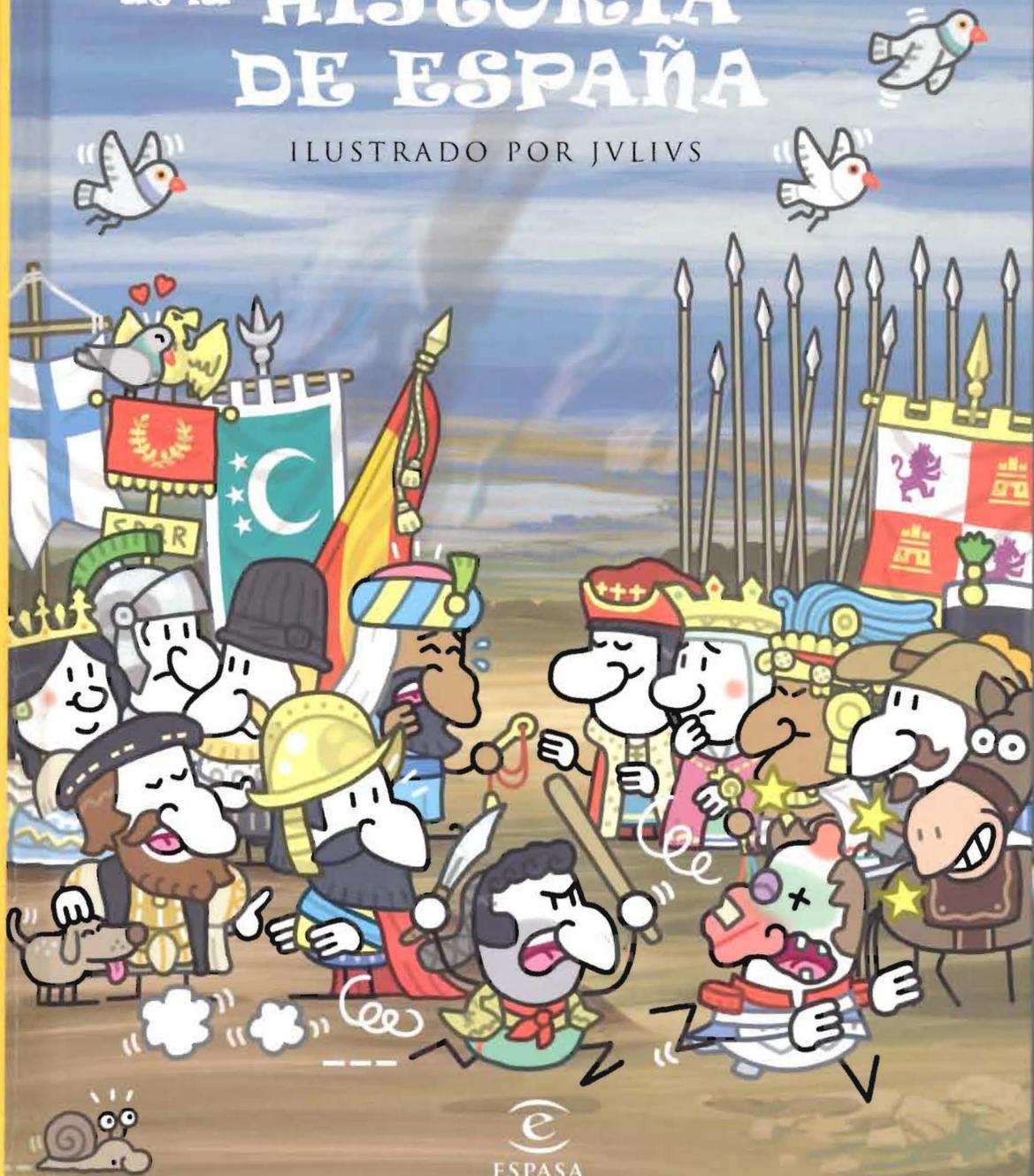


FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

Momentos emocionantes

de la HISTORIA
DE ESPAÑA

ILUSTRADO POR JVLIVS



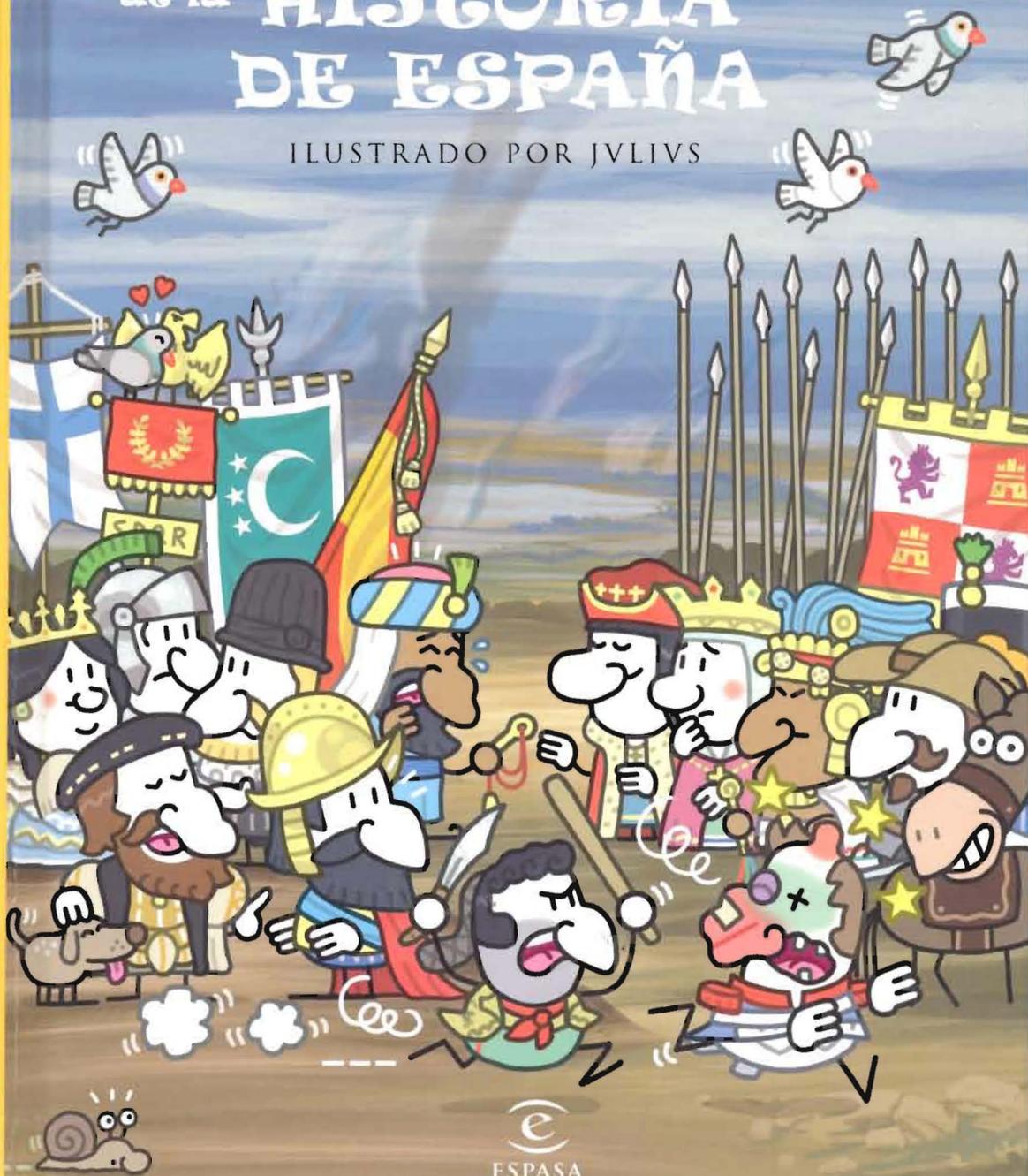
ESPASA

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

Momentos emocionantes

de la HISTORIA
DE ESPAÑA

ILUSTRADO POR JVLIVS



ESPASA

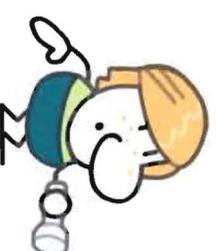
FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR



Momentos

emocionantes

de la **HISTORIA**
DE ESPAÑA



ILUSTRADO POR JVLIVS

con la colaboración de
Eduardo Torrella


ESPASA



UN IMPERIO DONDE NO SE PONE EL SOL

AMÉRICA, AMÉRICA

La primera imagen del Nuevo Mundo. Una isla de las Antillas. Hombres, mujeres y niños desnudos miraban maravillados nuestros barcos desde la playa.

Hago memoria, y es como si volviera a vivir aquel momento. La isla se acercaba y se alejaba, según el movimiento de las olas. Y Colón, nuestro capitán, no cabía en sí de gozo. Todos estábamos muy contentos.

Primero saltó a tierra Colón. Los hermanos Pinzón le siguieron con las banderas de los Reyes Católicos. Don Cristóbal





dio entonces a la isla, que sus habitantes llamaban Guanahani, el nombre de San Salvador.

¡Qué días aquellos! ¡Cuántas emociones! Colón decía que habíamos llegado a Asia. Y cuando nos alejamos de San Salvador en busca de nuevos descubrimientos aseguró que navegábamos rumbo a China.

Al llegar a la isla de Cuba, me dijo:

—Pronto veremos el país de Kublai Khan, el gran emperador de los mongoles.

Para Colón, todos los territorios a los que llegábamos eran parte de las Indias, nombre con el que los europeos de aquella época se referían al lejano Oriente.

Fascinado por las historias de Marco Polo, el mercader veneciano, me decía:

—Estoy seguro de que estamos a pocos días de las islas de las especias.

Así ocurrió en sus cuatro expediciones. Porque Cristóbal Colón murió creyendo que había llegado a las Indias. Nunca cambió de opinión. Nunca. Hasta llevaba consigo unas cartas de la reina Isabel para el Gran Khan. Además de abundantes cajas con herrajes para el oro y las ricas especias que tenía previsto llevar a España desde el Japón, Pekín y Calicut.

Sin embargo, antes incluso de su muerte en Valladolid, un marino, cartógrafo y maestro de pilotos florentino, Américo Vespucio, ya se había dado cuenta de que las tierras que los españoles habían descubierto no eran una parte de Asia, sino un continente desconocido. Por ello, en 1497, el humanista alemán Martín Waldseemüller propuso llamar «América» al Nuevo Mundo. Así, en femenino, como los nombres de los otros continentes: Europa, Asia y África. Aquel nombre tuvo fortuna y así todos llamaron al Nuevo Mundo, no Colombia, sino América.



LOS CONQUISTADORES

Pero descubrir el Nuevo Mundo no era suficiente. Había que conquistarlo, igual que los romanos habían hecho con Iberia. Detrás de los navegantes y las carabelas, llegaron los conquistadores. Y con ellos, viví otra gran aventura.

Para el caminante de los desiertos, el espejismo dibuja frescos oasis en el aire. Para los españoles que cruzaron el Atlántico camino de América, el espejismo solo dibujaba una imagen sobre las aguas del peligroso océano: oro.

Todos los conquistadores veían lo mismo. Oro. Montañas de oro. Ríos de oro. Ciudades de oro.

América entera estaba aún por explorar y era locura de muchos españoles, a principios del siglo XVI, embarcar en Sevilla a la caza de fabulosas riquezas. Sí, embarcaban a cientos, a miles. Nobles honrados. Aventureros y soldados valientes. Salteadores de caminos y bandoleros. Pobres hidalgos sin oficio. Asesinos buscados por la justicia. Todos ellos habían decidido hacerse ricos de repente e inundaron Sevilla de una manera que aún me produce vértigo. Piadosos y creyentes, todos invocaban a Dios de corazón. Y muchos de ellos eran capaces de realizar las más heroicas hazañas y de cometer, al mismo tiempo, las atrocidades más horribles.

Pensad un momento en sus vivencias. Cerrad los ojos e imaginad. Pensad en los mareos del largo viaje a bordo de un galeón. La humedad, el hedor bajo cubierta, el agua podrida, las coces de los caballos, el merodeo de las ratas, las tempestades... Pensad después en la inmensidad del Nuevo Mundo: el horror de las selvas interminables, de los ríos impetuosos, de las enormes montañas. Tratad de ver ahora cómo se abren paso los conquistadores a través de esas tierras repletas de misterios.



Siempre con las armas en la mano. Siempre, de noche y de día, con los sentidos alerta y en tensión, para defenderse de los ataques indígenas. Pensad en los insectos y el calor, la sed y el hambre, la fiebre, la locura.

Muchos, muchísimos, jamás obtuvieron recompensa alguna a sus esfuerzos. A unos los engulló el Nuevo Mundo, una tierra cambiante como las nubes y peligrosa como una pantera. Otros quedaron mutilados para siempre. Y sin embargo, cuando se preparaba una nueva expedición para explorar el interior del continente, los españoles seguían acudiendo a cientos, a miles.

¡Cuántas aventuras! ¡Cuántas historias! Yo podría contar cada noche del resto de mi vida un relato distinto de la conquista del Nuevo Mundo. Historias reales. Aventuras en compañía de los mismísimos conquistadores. Me acuerdo de Núñez de Balboa. Sé cómo descubrió el océano Pacífico. Y muchas, muchas cosas más. Sé cómo murió Ponce de León en los suelos pantanosos de La Florida mientras buscaba la fuente de la Eterna Juventud. Sé cómo Hernán Cortés salió de Cuba en busca de un país lleno de oro y se encontró en México con un imperio nueve veces mayor que España. Sí, habéis leído bien: nueve veces mayor que España.

TENOCHTILÁN

Ay, Hernán Cortés... Yo estuve entre los españoles que le siguieron México adentro, hacia la sierra y los volcanes y la asombrosa corte de Moctezuma. Creedme. No miento. Aún puedo ver a aquel valeroso explorador en la playa de Veracruz. Tiene barba, cabellos negros y viste una pesada armadura de hierro. Si cierro los ojos, también puedo oír lo que dice a sus soldados.



—La mar conduce al pasado y la tierra al peligro. Si me seguís, en muy poco tiempo os haré los hombres más ricos de cuantos jamás han pisado las Indias.

Todos le seguimos. Y después de increíbles aventuras, pasando por muertes por fiebres y duras batallas con los indígenas, un día vimos acercarse a los mensajeros del gran Moctezuma. Aquel era un rey muy poderoso que vivía en una magnífica ciudad construida en la montaña, sobre una laguna.

—Treinta reyes obedecen a Moctezuma —nos había contado la Malinche—, sus palacios están hechos todos de oro y sus ejércitos, alineados en el campo, son como las olas del mar.

La Malinche era una mujer indígena que los **caciques** de Tabasco habían entregado a Cortés entre regalos de oro, mantas y plumas de colores. Ella nos guió por los caminos desconocidos y nos sirvió de intérprete.

También los mensajeros de Moctezuma vinieron a nuestro encuentro con maravillosos regalos. Después nos pidieron que volviéramos atrás. Pero la curiosidad, y la ambición de riqueza y poderío, nos animaron a seguir adelante.

Avanzamos así entre volcanes y nieblas, entre lagunas, montañas nevadas y pueblos borrosos. Y una mañana, la vimos. ¡Tenochtitlán!, la capital del imperio de los aztecas. Era el mes de noviembre de 1519. El sol se alzaba tras los montañas plateadas y entraba en la laguna salada, rompiendo en trozos la niebla. Vimos entonces los puentes, los canales, los palacios de los señores, los templos de altas torres, los jardines que se sumergían en el agua, las plazas de los mercados...

Nadie, ni en el Viejo ni en el Nuevo Mundo, había contemplado ciudad más espléndida. Algunos decían que parecía arrancada de las páginas de una novela de caballerías. Otros que era un espejismo producido por el cansancio.



Avanzamos por la calzada principal, maravillados ante tantos templos y casas. Fue entonces cuando vimos a Moctezuma. El gran emperador de los aztecas vino a darnos la bienvenida recostado en una litera con adornos de oro, perlas y plumas de colores. Lo acompañaban los señores del reino, espléndidamente vestidos. Después supe que tanto Moctezuma como aquellos señores pensaban que Cortés era Quetzalcoatl, el dios que había prestado la tierra y las hermosas canciones a los aztecas.

—¿Acaso sois vos Moctezuma? —preguntó Cortés.

—Sí, soy yo.

La Malinche traducía.

—Señor nuestro —añadió entonces Moctezuma—: has venido a sentarte en tu trono. No te veo en sueños, no estoy soñando. Los reyes que pasaron dejaron dicho que volverías a reinar estas tierras. Y ahora veo que es verdad. Se han cumplido las profecías. Tomad posesión de vuestra tierra, de vuestra casa.

Dicho esto, Moctezuma se retiró a sus palacios. Y nosotros entramos en las casas que sus siervos nos habían preparado para descansar.

Al caer la noche le pregunté a Cortés:

—¿Has oído todo lo que ha dicho el gran Moctezuma?

—Sí —sonrió—. Los aztecas creen que somos dioses.

¡Los aztecas! Aquellos nativos de América eran muy buenos en matemáticas y expertos agricultores, eran grandes guerreros y magníficos constructores, pero desconocían algunas cosas que sí teníamos los españoles: no conocían el hierro, la rueda ni la pólvora, carecían de barcos para cruzar océanos y jamás habían visto un caballo.

Nunca olvidaré su asombro ante los caballos. Pensaban que el jinete y el animal eran un solo ser. ¡Una especie de centauro!

Podéis creerme: entre todas las novedades utilizadas por Cortés para impresionar a los aztecas, ninguna resultó tan importante como el caballo. Ni siquiera el fuego que escupían los arcabuces, la escopeta de la época.

Sí, sí... el caballo y el apoyo de los pueblos indios que odiaban a Moctezuma son el verdadero secreto de la conquista de México. Pues debéis saber que los aztecas trataban muy mal a los pueblos que gobernaban. Y tampoco podéis ignorar los horrendos sacrificios humanos que hacían para honrar a los dioses, ni las hileras de cabezas que colgaban de los altares de sus templos.

Yo aún recuerdo con espanto el aspecto de sus sacerdotes, especialmente uno de ellos. Tenía los cabellos largos hasta la cintura, las uñas largas como cuchillos y el rostro blanco como el marfil.

—Soy uno que saca corazones —me dijo.

Ay, Tenochtitlán... Los días allí se sucedían unos a otros como en sueños, y no había uno solo que no nos reservara una sorpresa. Al principio, los aztecas nos trataron muy bien. Pero Cortés tenía miedo de caer en una trampa. Así que apresó a Moctezuma y ordenó derretir el oro de sus palacios para llevarlo a España. Entonces, una noche, la Noche Triste, los aztecas nos atacaron. Sucedió repentinamente. Sus señores y sacerdotes se habían cansado de la insolencia de nuestro capitán.

Ocurrió el 30 de junio de 1520. Fue espantoso. Tenochtitlán entera se llenó de alaridos y tambores. Las azoteas se erizaron de arcos y lanzas. La laguna se cubrió de canoas y guerreros. Horrorizados, los españoles salieron en desbandada, perseguidos por un huracán de flechas, lanzas y piedras. Algunos se hundieron en las aguas, muertos a flechazos o ahogados por el peso del oro que no querían dejar atrás.

Fue un milagro que muchos pudiéramos escapar de Tenochtitlán. Y también fue un milagro que alcanzáramos la costa. Pero lo conseguimos. Y antes de que terminara el año, Cortés reconstruyó la tropa con nuevos soldados venidos de España, Santo Domingo y Cuba. Todos bien armados de caballos, arcabuces, ballestas y cañones. Para pelear en la laguna, en esta ocasión Cortés hizo construir trece barcos de guerra.

Yo regresé con él a Tenochtitlán. Y también estuve en la batalla que los españoles libraron en la gran ciudad azteca. Se peleó casa por casa, sobre las ruinas y los muertos, de día y de noche. Se luchó durante setenta y cinco días.

Sí, allí estuve, y lo vi. La caída Tenochtitlán, el silencio que sucedió a los alaridos y a los tambores de guerra... Vi caer los templos. Vi arder los palacios de Moctezuma. Sobre la ciudad flotaba un olor a muerte. Era el año 1521.

LAS DOS CARAS DE LA CONQUISTA

Sí, no miento. Yo participé en la gran empresa de la conquista de México, en la que menos de seiscientos españoles ganaron un imperio fabuloso.

Y también estuve con Pizarro en el país del inca Atahualpa, en las montañas del Perú, y en la ciudad de Cuzco, llena de momias de reyes guardadas en cofres de oro. Y acompañé a Jiménez de Quesada a Colombia y a Pedro de Valdivia a Chile. Y fui con Gonzalo Pizarro selva adentro, buscando El Dorado y los bosques de canela. Y exploré el Amazonas con Francisco de Orellana, mientras Hernando de Soto perseguía por las aguas del río Misisipi la legendaria ciudad de Cíbola.

Los años pasaban, pero yo no envejecía. Seguía siendo el niño de trece años que había ido a pasar el verano a casa de tío Lucas. Sé que parece increíble. Pero todo ocurrió así. Tal y como os lo estoy contando. Tal y como ocurre cuando leéis un libro: los años pasan en las páginas, pero no en vuestro rostro.



¡Qué aventuras, qué aventuras! Y cuánta sangre, cuánta muerte. Allí, en el Nuevo Mundo, me acordé mucho de lo que el emperador Adriano me dijo ante las ruinas de Numancia: «Ninguna conquista es agradable cuando se observa de cerca».

Muchas veces tampoco fue agradable ver la conquista del Nuevo Mundo de cerca. En América los españoles se enfrentaron con países de soledad y de misterio, gentes que adoraban a otros dioses y selvas sin templos. Allí vivieron una aventura que excedió por sus peligros y maravillas a todo lo que habían soña-

do. Y fueron brutales y despiadados. Y se apoderaron de todo el oro y de todas las riquezas que pudieron.

Todo eso es verdad. Y muchas de las cosas que pasaron en América son tan terribles que prefiero no recordarlas. Pero tampoco puedo olvidar la otra cara de la conquista. Las ciudades, las iglesias, las universidades... Todas las cosas que los españoles construyeron allí. Y también las que llevaron con ellos en los galeones: las leyes de Indias para proteger a los nativos, la imprenta que a finales del siglo xv aceleró el despertar cultural de Europa, el papel y la tinta, la religión cristiana, el arte del Renacimiento y la lengua que el humanista Antonio de Nebrija había ordenado cuidadosamente en su *Gramática castellana*.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Lo más espectacular de la época de los Austrias ocurrió en América. En el Nuevo Mundo. De América salió también el oro y la plata que pagaron las costosas guerras en el Viejo Continente, los ostentosos palacios e iglesias, la fastuosa vida de la aristocracia y la administración del enorme imperio español.

Pero yo quería regresar al Viejo Continente. Quería ver la España de los Austrias, de la que tantas cosas había leído en la biblioteca de tío Lucas. Y un día partí rumbo a Sevilla.

Durante muchos años, la mayor parte de los barcos que navegaban hacia América habían zarpado en solitario. Eran aquellos primeros viajes muy inseguros y bastante desorganizados. Por suerte, con el tiempo se prohibió que los galeones navegaran sin escolta debido a los ataques de los piratas y corsarios. Así pues, cada año se agrupaban en el río Guadalquivir dos flotas enteras para ir al Nuevo Mundo.



Yo regresé a España con la flota que hacía el camino de vuelta desde Veracruz, en México: una veintena de **naos**, protegidas por dos navíos de guerra, la *Capitana* y la *Almiranta*.

Yo embarqué en la *Capitana*. Y allí conocí a un anciano que regresaba a España después de años y años de aventuras en América. Se llamaba don Gonzalo Fernández de Oviedo.

Don Gonzalo era un gran **humanista** y un viajero infatigable. Había visto la toma de Granada por los Reyes Católicos. Había estado en Milán, en Roma y en Nápoles cuando los ejércitos de Castilla y Aragón contenían el empuje francés en Italia. Había atravesado el océano diez veces, yendo y viniendo del Viejo al Nuevo Mundo. Y en un libro increíble titulado *Historia general y natural de las Indias* había recogido en castellano todo lo que América ofrecía a sus ojos: cada animal, cada árbol, cada río, cada templo, cada conquistador, cada hazaña, las costumbres de los indios, su destreza, su fuerza, su ferocidad...

Yo conocía aquel libro, pues lo había ojeado en la biblioteca de tío Lucas. Para mi tío, don Gonzalo Fernández de Oviedo era la mejor respuesta a la pregunta «¿Por qué América habla la lengua castellana?»:

—No, Marcos —solía decirme repantingado en el sofá—. América no habla el castellano por las espadas ahogadas en sangre, sino porque cronistas como don Gonzalo Fernández de Oviedo fueron capaces de amarla y de cantarla en nuestra lengua.

LOS COMUNEROS DE CASTILLA

Con don Gonzalo me entendí de maravilla. Fue él quien me contó lo que había sucedido en España tras la muerte de la reina Isabel:



—A su muerte —me dijo mientras perdíamos de vista Veracruz— se produjo una situación muy complicada. Pues el trono de Castilla pasó a su hija Juana, casada con el príncipe borgoñón Felipe el Hermoso.

—¿Y el rey Fernando? —pregunté.

—Fernando prefirió retirarse a sus dominios aragoneses. Pero el repentino fallecimiento de Felipe el Hermoso y las locuras de la reina Juana le obligaron a volver a Castilla. Y junto al poderoso cardenal Cisneros gobernó el reino hasta que su nieto Carlos alcanzó la mayoría de edad.

También fue don Gonzalo quien me habló de Carlos de Habsburgo, el primero de los Austrias que reinaron en España durante los siglos XVI y XVII.

—Carlos —me dijo una noche— nació en Gante el año 1500.

El mar estaba tan oscuro como boca de lobo. Un silencio lleno de pequeños sonidos reinaba a bordo de la *Capitana*: crujir de cuerdas, rechinar de maderos, el soplido del viento en las lonas, la tos de un marino que dormía...

—Su poder —prosiguió don Gonzalo— no tenía límites. De sus abuelos paternos había recibido Austria, el Franco Condado, Luxemburgo, Bélgica y Holanda. A estos territorios añadió, en 1520, la Corona del imperio alemán. De Isabel la Católica, su abuela materna, recibió el reino de Castilla y las conquistas castellanas en el norte de África, el Caribe y América. Y de Fernando el Católico heredó la Corona de Aragón y los dominios aragoneses en Italia: Nápoles, Sicilia y Cerdeña.

Don Gonzalo hizo una pausa. Y añadió:

—Nadie antes que él había controlado tantos territorios, tal variedad de pueblos y tanta riqueza.



Los ojos de don Gonzalo brillaron de admiración y se perdieron en el recuerdo.

—A través de la niebla —dijo al fin—, por el norte, Carlos llegó a España cuando tenía diecisiete años. No hablaba una palabra de castellano. Traía los modos autoritarios propios de Europa, ignoraba las costumbres de sus súbditos y, además, llegaba acompañado por un numeroso séquito de consejeros flamencos. Todo ello —suspiró don Gonzalo— despertó muchos recelos en Castilla. Y claro, al poco tiempo, la avaricia de los cortesanos flamencos, a los que Carlos regaló generosamente obispados, títulos y oro, enfadó a los castellanos, que se sublevaron el año 1519.

—¡Pero si el rey era muy poderoso! —exclamé.

Don Gonzalo asintió.

—Los hechos sucedieron así —recordó—. A la muerte de su abuelo Maximiliano de Austria, Carlos viajó por España para solicitar dinero con el que conseguir la Corona del imperio alemán. Las Cortes se negaron a darle ese dinero e incluso le exigieron que expulsara a sus consejeros extranjeros. Pero Carlos ignoró esas reclamaciones y partió rumbo a Alemania, tras el sueño imperial.

Don Gonzalo se santiguó en silencio, y añadió:

—Fue entonces cuando ocurrió. Fue entonces cuando los comuneros se levantaron en armas. Toledo, Segovia, Zamora, Salamanca, Ávila... La rebelión se extendió como la pólvora por todas las ciudades de Castilla. Solo Burgos guardó fidelidad al monarca.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Acaso en Burgos no estaban enfadados con el rey Carlos?

—No les convenía. Los mercaderes de Burgos tenían una relación muy buena con Flandes. Allí hacían grandes negocios



que no querían poner en peligro por nada del mundo —respondió don Gonzalo.

A continuación, dijo:

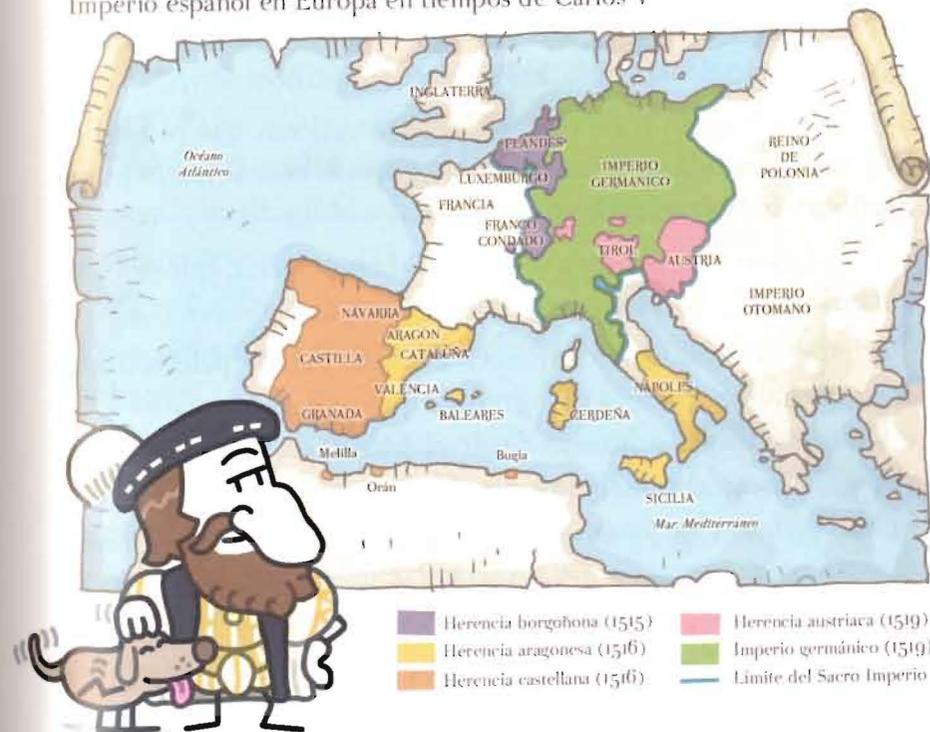
—Los jefes de la rebelión intentaron que Juana la Loca se uniera a su causa, pero no lo consiguieron. Y el año 1521 las milicias ciudadanas fueron aplastadas por las tropas reales en la batalla de Villalar.

—¡Oh!

—A partir de ese momento, Castilla pasó a ser el corazón y el sustento de la aventura imperial de los Austrias.

—¿Por qué?

Imperio español en Europa en tiempos de Carlos V



—Porque el joven nieto de los Reyes Católicos consiguió de los banqueros alemanes el dinero suficiente para pagar los gastos de su elección a la Corona alemana. Y el 22 de octubre de 1522 fue coronado emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico. De ese modo —concluyó don Gonzalo— Carlos I de España pasó a llamarse también Carlos V de Alemania.

UN MONARCA, UN IMPERIO, UNA ESPADA

—Amo y señor de un enorme imperio en Europa, el César Carlos dirigió su política internacional en pos de un sueño: unir Europa bajo una monarquía universal.

Así comenzó don Gonzalo la siguiente de sus historias.

—Frente a él —prosiguió—, tuvo a dos enemigos muy poderosos. De un lado, el infatigable Francisco I de Francia. De otro, el sultán de Turquía, Solimán el Magnífico.

Don Gonzalo hizo una pausa para ordenar sus recuerdos. Y a continuación, me habló de las guerras con Francia por el dominio de Navarra, Borgoña e Italia.

—Las armas siempre sonrieron al emperador, que dobló a Francia con distintos tratados —concluyó.

Don Gonzalo pasó entonces a relatarme las peleas contra el gran turco Solimán el Magnífico, que se había atrevido a extender el imperio otomano desde el Mediterráneo al Danubio, desde Turquía al centro de Europa.

—La paz con Francia en Cambray —me dijo don Gonzalo— permitió al César Carlos detener el avance de los turcos a las puertas de Viena. Fue en 1532.

Pero la herencia de Carlos V era tan inmensa como difícil de manejar. Para defenderla de sus enemigos, el emperador de-

bía pedir prestado muchísimo dinero a los banqueros alemanes. Y siempre tenía que viajar de país en país, de campo de batalla en campo de batalla, de castillo en castillo.

Don Gonzalo me decía:

—No fue jamás un rey cortesano, un rey encerrado en su palacio. No, no. Él fue un emperador maravilloso: guerrero, diplomático, estadista...

Sí, Carlos V había sido un hombre magnífico. Fuera de lo normal. Un rey con alma de caballero andante. Un soñador que defendió como los héroes medievales ideas que ya no encajaban en su época.

—Su mayor pena —me dijo don Gonzalo en otra ocasión— fue no poder sujetar el furor de los príncipes protestantes de Alemania, los amigos de Lutero.

—¿Quién es Lutero? —pregunté.

—¡Un hereje! —exclamó don Gonzalo—. Un monje que en 1517 se alzó contra el papa y criticó la corrupción que devoraba a muchos cardenales y obispos. Lutero es el padre de la Reforma que ha dividido a los cristianos de Europa entre católicos y protestantes.

Don Gonzalo guardó silencio un momento, dejando caer los párpados como si le pesaran desde las arrugas de la frente. Y añadió:

—Nada le habría alegrado más al César Carlos que católicos y protestantes se hubieran entendido hablando. Nada le habría gustado más que poder taponar las diferencias religiosas entre unos y otros con la celebración de un concilio **ecuménico**. Pero la oposición de algunos papas al emperador retrasó su convocatoria.

Por aquel entonces yo no sabía qué era un concilio ecuménico, así que se lo pregunté a don Gonzalo.

—Un concilio ecuménico —sonrió— es una reunión de obispos para discutir asuntos de especial importancia. Pueden durar años, como el de Trento, cuyas sesiones empezaron en 1545 y donde se decidieron numerosos cambios y mejoras que aumentaron el poder y la dignidad de la Iglesia.

—Entonces —pregunté—, ¿al final el papa hizo lo que el emperador Carlos quería?

Don Gonzalo negó con la cabeza.

—Sí, pero tardó tanto... Verás, Marcos, la asamblea de Trento llegó muy tarde. Para entonces —dijo con tristeza— las ideas protestantes habían triunfado en casi toda Alemania y el César Carlos no tuvo otra opción que avanzar al frente de sus tropas hacia las fortalezas de los príncipes luteranos. La batalla tuvo lugar en Mühlberg el año 1547, y en ella el emperador logró una victoria aplastante que el pintor Tiziano inmortalizó en un magnífico cuadro. Sin embargo, tan pronto como pudieron, los príncipes luteranos volvieron a ponerse en pie de guerra y no descansaron hasta conseguir la división religiosa del imperio.

Así me contó don Gonzalo el doloroso fracaso del emperador en Alemania.

—En 1556 —añadió—, el César Carlos decidió que ya había llegado el tiempo del descanso. Y repartió sus dominios entre su hijo Felipe y su hermano Fernando. Al primero le correspondieron España y los territorios americanos, Borgoña, los Países Bajos, Nápoles y Sicilia. Al segundo, la Corona del imperio alemán.

Dicho esto, don Gonzalo me describió con detalle el viaje de Flandes a Laredo por mar y el difícil camino hacia el sencillo monasterio de Yuste, en tierras de Extremadura. Allí era donde el emperador había decidido buscar la paz de la plegaria.

—Puede un rey —concluyó don Gonzalo lleno de admiración— pasar con acierto y buenos modos por esta vida y llevar a los libros de historia la memoria de sus hazañas y victorias. Pero entre estas hazañas no se verá ninguna más sorprendente ni ejemplar que la de renunciar al poder, al esplendor y a la gloria para empezar una nueva vida. Una vida atenta solo a los asuntos del alma.

MADRID, CAPITAL DE ESPAÑA

Llegamos a Sevilla un caluroso atardecer. En el muelle, me esperaba un caballero de unos cuarenta años. Tenía una barba en punta que le alargaba la cara y unos ojos oscuros.

—¿El pequeño Marcos? —preguntó.

—Sí.

—Te esperaba. Soy Miguel de Cervantes Saavedra. Bien venido a Sevilla, ciudad bellísima por su riqueza, esplendor y majestad.

Sí, aquel caballero era Miguel de Cervantes, el autor de *Don Quijote de la Mancha*. Me acuerdo muy bien. ¡Qué novela su vida! Cervantes había estado en Italia. Los turcos le habían herido y mutilado un brazo en las guerras del Mediterráneo. Los piratas berberiscos habían asaltado el barco en el que regresaba a España y le habían conducido preso a Argel. Y en Argel había estado cautivo cinco años. Cuando yo le conocí, recaudaba impuestos para pagar los gastos de la enorme armada que el rey Felipe II quería enviar contra Inglaterra.

A nuestro alrededor, ya habían empezado a descargar los galeones de América. Un sinfín de carretas transportaban el oro



y la plata desde los navíos hasta la Real Casa de Contratación de las Indias.

—Vamos —me dijo Cervantes—, Madrid nos espera.

Y dicho esto, salimos de Sevilla. Y después de muchos días de malos caminos y sucias posadas, llegamos a nuestro destino.

—Mira, Marcos: esto es Madrid —suspiró Cervantes.

Avanzaba la tarde, pero en Madrid parecía que el sol quería seguir brillando sobre las casas.

¡Madrid! Por el camino, Cervantes me había contado cómo aquella pequeña ciudad se había convertido en la capital del imperio español.

—A principios de este siglo, Flandes, Inglaterra y Francia embellecían sus capitales con hermosos monumentos. España, no. El mayor imperio del mundo conocido carecía de una capital desde donde extender su poder y asombrar a los extranjeros. Por esta razón, Felipe II rompió la tradición andariega de la corte para elegir una ciudad que fuera centro y corazón de su enorme imperio.

Las candidatas tenían que cumplir ciertos requisitos: debían estar en la Meseta, y, además, tenían que estar bien comunicadas con el resto de la península.

—Pese a que Toledo y Valladolid parecían destinadas por la historia a convertirse en nuestra capital —me contó Cervantes—, el rey se fijó en la zona sur del Guadarrama.

—¡En Madrid!

—Así es, Marcos. A medio camino de Aragón, Portugal y Sevilla, Madrid ofrecía muchas ventajas: reservas de caza, infinitas posibilidades para construir, los sanos aires de la sierra...

¡Ay, aquel Madrid! Aquel Madrid era una ciudad hecha a trompicones, por la prisa de quienes querían estar cerca de su



majestad. Nobles y funcionarios, mercaderes y pícaros, pedigueños y ambiciosos, todos habían acudido allí al calor de la corte.

—Desde 1561 la ciudad ha crecido vertiginosamente —me dijo Cervantes.

Aquel Madrid era también una ciudad insegura y llena de aventuras, que pasaba del lujo más espectacular a la miseria más espantosa en un abrir y cerrar de ojos.

LA HERENCIA PORTUGUESA

En Madrid, Cervantes me puso al día de los asuntos de España y su imperio:

—Felipe II —me dijo— es el rey más poderoso del mundo. Sus dominios se extienden más allá de lo que cualquier soberano de nuestro tiempo pueda soñar.

Sí. Cervantes no exageraba. La **abdicación** de Carlos V había convertido a Felipe II en el gobernante del imperio más poderoso desde el Gran Khan de los mongoles.

Pero al rey Felipe, como a su padre el emperador Carlos, tampoco le faltaban enemigos.

—¡Cuántos adversarios tenemos hoy los españoles! —exclamaba Cervantes—. ¡Qué de problemas tiene nuestra monarca para conservar unida su herencia!

Los protestantes florecían en la siempre enemiga Francia, que no cesaba de conspirar con cuanto enemigo de España surgía en Europa. Los turcos avanzaban por el Mediterráneo. Los Países Bajos se levantaban en armas con la ayuda de la reina Isabel de Inglaterra. Los **moriscos** de Granada se rebelaban porque querían conservar sus costumbres, en contra de los deseos del

monarca, para quien todas las personas debían seguir las mismas tradiciones. Los piratas ingleses intentaban robar los tesoros que los galeones transportaban de América...

—Y sin embargo —añadía Cervantes— el rey Felipe no solo mantiene en pie el imperio, sino que lo ha ampliado con las islas Filipinas y con Portugal y sus ricas posesiones de ultramar, que incluyen Brasil y un puñado de colonias en África y Asia.

—¿Pero los portugueses no tenían ya rey? —le pregunté un día a Cervantes.

—¡Oh, sí, Marcos! Lo tenían, ¡claro que lo tenían! Se llamaba Sebastián I y era muy joven e intrépido. Pero Sebastián murió sin herederos en la batalla de Alcazalquivir, en Marruecos. Y Felipe II hizo valer sus derechos al trono.

—¿Qué derechos? —pregunté.

—Verás, Marcos, el rey Felipe es hijo de Isabel de Portugal. Por sus venas corre sangre portuguesa. Por supuesto, nuestro monarca no era el único aspirante a la preciosa corona, pero contaba con el prestigio de su imperio y el dinero de los comerciantes portugueses para convencer a la nobleza. Aun así, tuvo que abrirse camino hasta Lisboa con sus ejércitos. Y solo culminó la unión de los dos países tras la celebración de las Cortes en Tomar. Allí, nuestro monarca prometió respetar las leyes de Portugal, no crear nuevos impuestos y no inundar a Lisboa de castellanos. Fue en el año 1581.

LA FUERTE MANO DEL SEÑOR

Una de las historias más emocionantes que me contó Cervantes fue la batalla de Lepanto.

—Las invasiones turcas en el Mediterráneo y los ataques de los corsarios berberiscos en las costas peninsulares reclamaron la atención del rey Felipe. Y a esa lucha dedicó la primera parte de su reinado.

Así comenzó Cervantes a contarme aquella historia. Y añadió:

—Cierra los ojos e imagina, pequeño Marcos. Dos fuertes imperios se encontraban en el viejo mar de mares y ambos pretendían dominarlo como Roma y Cartago. Los españoles atacábamos en el norte de África; los turcos respondían en Oriente. Y así se sucedieron las victorias y los fracasos. Entonces, un día, a petición del papa Pío V y después de prolongadas negociaciones, el rey Felipe se alió con Venecia en la Liga Santa para formar una gran flota y poner freno a la amenaza musulmana.

—¿Y lo consiguieron?

—¡Voto a Dios si lo hicieron, pequeño Marcos! Al mando de Juan de Austria y los mejores marinos de la época, la armada cristiana arrasó a la turca en Lepanto. Fue el año 1571.

Para Cervantes, aquella batalla naval era la más gloriosa jornada de la historia.

—En Lepanto se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar —decía.

Y entonces se lanzaba a describir con todo detalle las terribles escenas que él mismo había presenciado, ¡porque Cervantes había participado en la batalla de Lepanto! Y la recordaba como si aún estuviera luchando en aquel rincón perdido del Mediterráneo, frente a la costa de Grecia. Recordaba el espolón de la galera del turco Alí Pachá hundiéndose en la *Real* española, el barco de don Juan de Austria. Recordaba los cañonazos, los



gritos salvajes de los turcos, las órdenes, el estrépito de las galeras chocando, los estampidos, los remos volando por los aires en mil pedazos.

—Jamás, pequeño Marcos, se vio batalla más reñida; trabada de galeras una por una y dos o tres, como les tocaba. Espantosa era la confusión, el temor, la esperanza, el furor, la **porfía**, el tesón, el coraje, la rabia, la furia...



Ay, Cervantes... ¿Cómo olvidar su entusiasmo al evocar, de principio a fin, aquella terrible aventura? Era como si la juventud volviera a sus ojos.

—La *Real* de don Juan de Austria **levó anclas** la primera —contaba—. Desde un **bergantín**, en la boca del puerto de Mesina, el **nuncio** del papa bendijo la escuadra de trescientos navíos y cincuenta mil hombres.



Faltaban aún veinte días para la batalla.

—En Corfú —proseguía después de un sinfín de descripciones—, los espías nos comunicaron que el enemigo estaba en Lepanto. Y hacia Lepanto nos dirigimos en la bruma.

Cervantes hacía aquí una pausa. Se acariciaba el fino bigote. Y decía:

—El domingo 7 de octubre nos encontramos frente a frente. La batalla comenzó a mediodía y concluyó con el crepúsculo. Y si no sacamos partido después de la victoria fue por culpa de los venecianos...

La voz de Cervantes sonaba entonces enérgica y cortante.

—Pues los venecianos, pequeño Marcos, estaban más interesados en la marcha de sus negocios y en disolver la Liga Santa que en dar el golpe de gracia al imperio otomano.

Dicho esto se quedaba en silencio. Y después de un rato, con una sombra de ensueño en la mirada, exclamaba:

—¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué tiempos! España, en la cima de su esplendor, lo podía todo.

LA OCTAVA MARAVILLA DEL MUNDO

Toda la vida de aquel Madrid del siglo xvi giraba en torno al palacio del Alcázar. Allí residía la familia real. Allí era también donde Felipe II había decidido participar en la Liga Santa para vencer al turco. Y allí trabajaba día y noche para mantener unido el fabuloso imperio español.

—Al poco de trasladar la corte a Madrid —me contó Cervantes una mañana— el rey ordenó instalar todas las oficinas de la monarquía en el Alcázar. Así tiene al alcance diario todos los asuntos del gobierno.

Felipe II era incansable. No le agradaba conceder entrevistas. Prefería enterarse de las cosas por los informes que sus secretarios llevaban diariamente a su mesa.

—Ojos que todo lo ven y todo lo recuerdan... Así son sus ojos —me decía Cervantes.

Y añadía que el rey sabía todo lo que contaban los archivos del Alcázar, todo lo que ocurría a lo largo y ancho del imperio español.

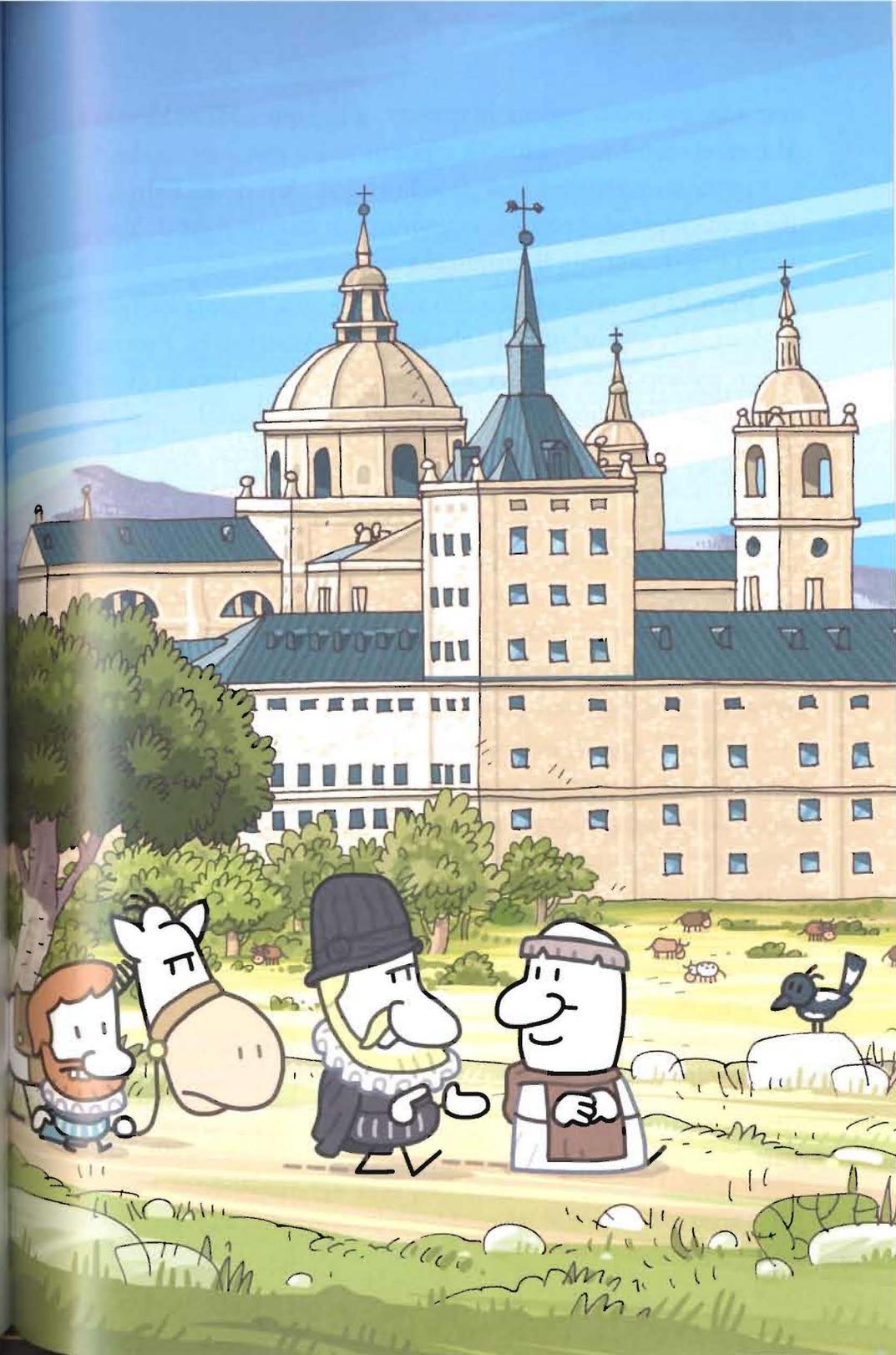
—Todo lo supervisa —me dijo Cervantes un día—. Desde la inacabable guerra en los Países Bajos hasta los proyectos de sus arquitectos.

Y entonces, mencionó El Escorial: el monasterio, palacio y panteón que Felipe II había ordenado construir en 1559. Aquella era, sin duda, la obra más querida del rey. Él mismo había elegido el lugar donde debía levantarse: al pie de la sierra de Guadarrama, muy cerca de Madrid. Él también había elegido al arquitecto y seguido con atención los trabajos hasta su conclusión en 1584.

—Buen conocedor de la arquitectura de su época —me contó Cervantes—, Felipe II pensó desde el principio en un arquitecto italiano para construir El Escorial. Pero como no consiguió convencer a Miguel Ángel encargó el proyecto a un español recién llegado de Italia, Juan Bautista de Toledo. Y a la muerte de este, a Juan de Herrera.

Al día siguiente salimos de Madrid rumbo a El Escorial.

—El Escorial —me dijo Cervantes por el camino— es la última pirámide que ha construido el ser humano. Pirámide cristiana, con ventanas, torres, bóvedas y campanarios, pero con igual fin que las de Egipto. Porque El Escorial es un





monumento consagrado a la muerte, a la espera de la muerte. Allí, en el asombroso panteón, reposan ya los restos de Carlos V y de su hermosa mujer, Isabel de Portugal. Allí desea Felipe II que sean enterrados todos los miembros de la familia real. Y allí tiene pensado dormir él mismo el sueño eterno.

Pero El Escorial era mucho más que una gigantesca tumba destinada a proclamar la gloria de los Austrias. El Escorial era un palacio para vivir. A El Escorial se había llevado el rey su fabulosa colección de mapas. El Escorial atesoraba una biblioteca maravillosa: la niña mimada del monarca, quien había encargado recorrer los monasterios y las iglesias de España para proveerla de los mejores manuscritos. El Escorial guardaba también algunos de los cuadros más queridos de Felipe II, gran apasionado de la pintura: lienzos de Rafael, de Tintoretto, de El Bosco... Allí, en un helado rincón del palacio-monasterio, me enseñó Cervantes *el Martirio de San Mauricio*, de El Greco, cuya genial manera de pintar no había gustado al rey.

—Muchos pintores han retratado a Felipe II: Tiziano, Sánchez Coello... Pero ningún cuadro refleja mejor su alma que El Escorial —me dijo Cervantes—. Sí, pequeño Marcos, esta grandiosa, severa y austera mole de granito gris es el fiel retrato de nuestro monarca. Y también de su política..., de su reinado..., de la fe combatiente que le ha llevado a lanzar sus ejércitos contra los rebeldes de los Países Bajos y a entregar a las llamas a los luteranos de Valladolid y Sevilla...

La noche descendía ya por la sierra, se abría paso entre pinares y robledos, poniendo cerco al palacio-monasterio.

—... Una fe militante que ha roto cualquier posibilidad de diálogo con la Europa protestante —concluyó.



LA ARMADA INVENCIBLE

En El Escorial pasaba cada vez más tiempo el rey Felipe II. Era allí, en el palacio-monasterio, donde el rey estaba organizando la gran empresa para aplastar el orgullo de Isabel de Inglaterra.

Me dijo Cervantes:

—Inglaterra podía haber sido nuestra gran aliada, e incluso haber visto en su trono a un príncipe de la casa Habsburgo si hubiera dado fruto el matrimonio entre nuestro rey Felipe y su prima María Tudor. Por el contrario, es hoy el más peligroso enemigo de España.

A continuación, Cervantes me habló de Isabel, la reina hereje:

—Es la reina una apasionada de la política, muy inteligente, decidida y resuelta. Pero también vanidosa y cruel —dijo.

Y entonces me explicó por qué Felipe II quería lanzar todo el peso de su tremendo poder contra Inglaterra:

—Nuestro rey quiere invadir Inglaterra porque Isabel ayuda a los rebeldes de los Países Bajos, da premios a los piratas que atacan a nuestros galeones de América y ha ejecutado a María Estuardo, la reina católica de Escocia.

Yo conocía aquella historia gracias a tío Lucas, que la contaba muy bien. Pero no interrumpí a Cervantes.

—Por estas razones —prosiguió— Felipe II ha abandonado su tradicional prudencia y ha preparado una increíble empresa militar.

Aunque arriesgado, el plan parecía muy sencillo. El marqués de Santa Cruz reuniría una potente flota en Lisboa. Los barcos navegarían hacia el canal de la Mancha, barrerían el



peligro de la escurridiza escuadra inglesa y recogerían el ejército de Alejandro Farnesio en Flandes para transportarlo hasta las islas británicas. El resto sería aún más simple: las tropas españolas alcanzarían el corazón de Inglaterra y se apoderarían de la reina, de su capital y de su territorio.

Aquel era el plan ideado por Felipe II y sus consejeros. Pero la muerte del marqués de Santa Cruz arruinó todos los cálculos. El propio Cervantes lo predijo cuando se enteró de quién era el capitán llamado a sustituir al pobre marqués: el duque de Medina Sidonia.

—El duque no es hombre para una empresa como la de Inglaterra. ¡Si hasta se marea con el balanceo de las olas!

Dos días después, nos despedimos. Yo partí a rumbo a Lisboa. Quería ir con la Armada. Cervantes a Sevilla. Allí daría con los huesos en la cárcel.

—Adiós, pequeño Marcos —me dijo con pena.

¡Pobre Cervantes! Tener que ganarse la vida recaudando impuestos le hacía ir de un rincón a otro de España. Don Miguel solo quería escribir. Pero ni la poesía ni el teatro le daban para comer. Y eso le causaba amargura.

—Adiós —me despedí.

Y le di un fuerte abrazo, porque sabía que en la cárcel de Sevilla Cervantes comenzaría a escribir la gran novela del Siglo de Oro, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, mi libro favorito.

Jamás he vuelto a ver un espectáculo tan fabuloso como el que me esperaba en el puerto de Lisboa. Ciento treinta navíos se mecían allí como ballenas multicolores.



¿Quién podía imaginar entonces el fracaso de la empresa? Años después, oí decir al poeta Lope de Vega:

—Salimos a combatir contra la muerte. Y la muerte siempre triunfa.

¡Qué pesadilla aquella aventura! Todavía ignoro cómo ocurrió. Pero sobreviví. Mis recuerdos, sin embargo, son confusos. Sé que nuestros grandes barcos resultaban pesados y muy lentos en combate. Y que las naves inglesas, mucho más ágiles, maniobraban cómodamente, cercándonos, acosándonos, atacándonos y huyendo como lobos hambrientos. Sé que una noche los bribones británicos hicieron avanzar contra nosotros ocho navíos incendiados que iluminaron las tinieblas y provocaron el pánico. Varios de nuestros barcos se arrojaron los unos sobre los otros, partiéndose en un amasijo de crujidos, chirridos y ayes de dolor. Sé que al día siguiente, el duque parecía hechizado. Asomado al alcázar de la nave *Capitana*, hablaba solo, bajo la lluvia. Murmuraba una y otra vez:

—¡Estamos perdidos! ¿Qué podemos hacer?

Pero lo peor estaba aún por llegar. Asustado, el duque renunció a la empresa y ordenó ir hacia el norte y volver a España, rodeando Inglaterra, Escocia e Irlanda. Violentas tormentas nos separaron y zarandearon, y arrojaron a varios galeones a las costas de Irlanda. Allí mataron sin piedad a los españoles, en las playas, cuando descendían como fantasmas de los barcos.

Solo la mitad de la armada y una cuarta parte de sus tripulantes regresaron a España.

En La Coruña supe cuáles habían sido las palabras del rey Felipe al conocer el desastre:

—Yo envié mis naves a luchar con los hombres, no contra el viento, las tormentas y las tempestades.